

Encuentro Internacional de Laicos Cistercienses

Claraval, 1 al 8 de junio 2005

Al hacer memoria de los días vividos, del 1 al 8 de junio, en Claraval se me agolpan muchas ideas, sentimientos y emociones que se pueden resumir en una palabra: "Fraternidad".

Fraternidad expresada en el grupo, que desde el momento mismo de nuestra llegada nos acogió.

Fraternidad entre todos los que nos íbamos encontrando, llegadas de tantos y tan diferentes países del mundo, diferentes lenguas, pero con un solo idioma, el que brota del corazón y la confianza, eso que nos facilitó la convivencia durante esos días tan llena de mil detalles.

Y fraternidad exquisita de los monjes y monjas que durante esos días nos acompañaron haciéndonos respirar con su presencia la sencillez monástica cisterciense.

Todo el encuentro estuvo preparado con esmerado cuidado: la acogida, como ya he indicado; los espaciosos "salones" de reuniones y Celebraciones litúrgicas; el comedor, la zona de esparcimiento etc, (todo ello en establos). Lugar acogedor el de la pequeña capilla donde en los no muchos ratos que quedaban libres podrías disfrutar del silencio, la oración y del encuentro con los que allí se retiraban un poquito.

La liturgia fue el centro de nuestras jornadas, donde no nos faltó un excelente animador, el hermano Bernard, responsable de la liturgia de Citau, que con su buena voz y su gran sencillez consiguió que nuestro canto, casi siempre fuera armónico, a pesar de nuestro regular francés.

Las celebraciones de la Eucaristía, momento central del día, tuvieron gran riqueza.

El primer día nos acompañó el obispo de Troyes, diócesis a la que pertenece Claraval, dándonos la bienvenida y animándonos a trabajar y convivir durante esos días.

El domingo tuvimos la gran suerte de que presidiera la celebración Dom Bernardo Olivera, Abad General del Císter, que desde nuestra llegada fue el primero en acogernos acompañándonos en todo momento durante los días que duró nuestro encuentro. Su respetuosa y sencillísima persona estuvo siempre con nosotros como uno más en el comedor y en las tertulias espontáneas que se formaban en el jardín, poniendo su nota de jovialidad en todas las ocasiones. Su impresionante sencillez se dejó ver tanto en su persona como en las palabras de celebración llenas de gran contenido para nosotros laicos cistercienses.

Gran parte de nuestras jornadas las ocuparon las ponencias de presentación de los diferentes representantes de los laicos y monasterios a los que cada uno pertenecía.

Aquí la riqueza fue grande al ver como en todos había mucho en común y mucho diferente desde los que tienen una vida más larga y por tanto mayor solidez, hasta los que todavía tienen pocos años pero van haciendo su camino.

Llamativo fue el dato de que una gran mayoría de ellos se han ido iniciando en torno a los años 1996 (fecha del asesinato de los hermanos de Thiberine) y 1998 (centenario de Císter).

Todos en ese hacer el camino fueron exponiendo cómo ha sido su andadura, cómo se habían ido constituyendo, así como sus reuniones, sus encuentros en el monasterio al que pertenecían,

el acompañamiento que en la mayoría de los casos se tenía con un monje o monja del monasterio, trabajando con ellos la Regla u otros temas fundamentalmente monásticos.

Algunos grupos expusieron cómo ya iban elaborando unos estatutos o constituciones para ayudarles en su marcha, pero siempre reflejando una gran libertad en los ritmos personales y de grupo, con el diálogo de los miembros de las fraternidades y acompañados por un coordinador elegido entre los miembros del grupo.

Aunque era más lo común que se captaba en todas las fraternidades, también se percibían diferencias; desde fraternidades con bastante número de miembros a otras más reducidas, así como personas asociadas a un monasterio o acompañadas directamente por algún monje o monja.

Había una característica bastante común y era que la mayoría tenía que recorrer una cierta distancia para llegar a su monasterio y poder encontrarse con su fraternidad de monjes/as y laicos.

Un gran esfuerzo, trabajo, oración y reflexión supuso el llevar a cabo la elección de un comité internacional que siga trabajando para lo que ya está en marcha no se detenga.

El esfuerzo dio su fruto y quedó formado el comité, integrado por 5 personas de diferentes países y lenguas quedando todos muy contentos del resultado. Ahora ellos tendrán que seguir la tarea emprendida.

Contamos también con la generosidad de algunos de los asistentes que supieron compartirnos unas conferencias sobre temas monásticos y la Regla de San Benito.

Aun quedaba algo que colmó nuestras vivencias de estos días, la visita a la Abadía de Cîteaux. Anteriormente ya habíamos pasado una tarde recorriendo los restos de lo que fue la abadía de Claraval, viviendo allí una fuerte experiencia por lo que recordaba de abad y or lo que después ha pasado a ser una cárcel.

La llegada a Cîteaux fue para todos de gran emoción, nos recibía en la entrada la esbelta figura, llena de finura y cierta genialidad del Padre Abad de la misma, que había compartido con nosotros los primeros días en Claraval.

Pasamos a la Iglesia de la abadía donde se iba a celebrar la Eucaristía a la que precedió el lavatorio de los pies por parte del padre abad como signo de acogida. Fueron momentos vividos con profunda intensidad, contenido religioso y no exentos de emoción; será algo que, pasado el tiempo, quizás muchos de nosotros podamos contar “sí, yo estuve en Cîteaux con el Abad General y el abad del monasterio...” como los abuelos cuentan a sus nietos las mejores hazañas de sus vidas porque están llenas de ternura, transparencia, ingenuidad... Ciertamente, el Señor estaba allí.

Después de la celebración nos esperaban los hermanos de la comunidad con nuestras bolsas de comida. No faltando el obsequio de su buenísimo queso, todo ello vivido en ambiente fraternal.

Después de la comida, la visita a los recintos de la abadía, todos en ambiente de recogimiento y silencio fuimos recorriendo el extenso campo del monasterio hasta llegar a un lugar donde parece estuvo la pequeña y primitiva capilla del monasterio, otro momento de emoción contenida, después el resto de las dependencias visitables y por último el abad nos volvió a dedicar unas sabrosas palabras.

Ya se iba acercando el fin, pero aun nos esperaba una sorpresa, la presencia del obispo de la diócesis de Citeaux y su secretario que se acercaron para compartir con nosotros la celebración final, las Vísperas de la tarde.

Ya comenzaban las despedidas, y vuelta cada uno a su lugar, pero sabiendo que en el corazón de todos llevamos la riqueza de lo experimentado durante esos días, y contando con el saber que en muchos lugares del mundo hay personas que viven, oran y buscan a Dios haciendo crecer esa pequeña ramita en lo alto del gran árbol cisterciense.

Nota de redacción:

Este texto lo hemos encontrado sin firmar.